
TEORIA E INTERVENCION EN LA CIUDAD, BALANCE DE UN PERIODO (*) Estado de la cuestión. Perspectivas

Fernando de Terán (* *)

Si algún sentido puede tener mi presencia en este ciclo es la de aportar unas reflexiones personales, surgidas como deseo de clarificar y explicar una desazonadora inestabilidad cultural que se ha caracterizado por una sucesión de oleadas, en el terreno de la teoría e intervención sobre la ciudad, cada una de las cuales ha tratado de presentarse como panacea salvadora, echando por tierra a sus antecesoras. Recordemos cómo en los años 60 era bastante menospreciado aquél que, en razón de actitudes más humanísticas, se mostraba reticente a las posibilidades de matematización y modelización de los fenómenos urbanos y a la concepción del planeamiento que de ello se derivaba, como actividad altamente tecnológica, basada en una pretendida cientifidad indiscutible, que se presentaba avasalladora y despectivamente condenadora de todo enfoque discrepante.

En los 70, y casi sin explicaciones, todo eso fue

arrumbado, incluyendo las sofisticadas aplicaciones de la teoría de sistemas, tan brillantemente realizada por los fugazmente exitosos libros de Chadwick y McLoughlin. Lo que se imponía irremisiblemente eran los análisis marxistas de las formas de producción del espacio urbano y el papel del planeamiento como arma para la lucha política. A los modelistas de la etapa anterior no les resultaba agradable que se les recordasen entonces sus pasados entusiasmos cuantitativistas y cibernéticos.

Pero ahora en los 80, parece que lo que se lleva es declarar que nunca se leyó a Marx, y apuntarse a las prometedoras perspectivas abiertas por la pretendida autonomía de la arquitectura para dar cuenta de la formación del espacio urbano y para montar una ofensiva sobre la formalización del espacio y sobre la introducción del diseño en el lugar del planeamiento. Si la oleada de los 70 echó por tierra las esperanzas en el planeamiento científico comprensivo, y proclamó la necesidad de la acción política fragmentaria, la oleada presente va más allá y llega a rechazar la validez de todo planeamiento, su utilidad, su posibilidad.

(*) Conferencia pronunciada el 12 de marzo de 1984 en el Ateneo de Madrid, dentro del ciclo del mismo título, organizado por la Fundación de Investigaciones Marxistas.

(**) Arquitecto, Catedrático de Urbanismo de la Universidad Politécnica de Madrid.

Personalmente he asistido a este desfile de descalificaciones sucesivas con cierta curiosidad, sobre todo al verlo encarnado en el cambio de chaqueta (urbanística) de muchos personajes concretos, pues haciendo balance y mirando ahora hacia atrás, me doy cuenta de que siempre he mantenido una actitud caracterizada básicamente por cierto escepticismo.

Pero al hablar de escepticismo, deseo ser bien interpretado y no dar más armas a los que, apoyándose en que soy el responsable de la expresión "planeamiento imposible", me cargan con el papel de gran desanimador de cualquier intento de "planeamiento posible", e invocan mi libro sobre el planeamiento urbano en la España contemporánea para deducir la inutilidad del esfuerzo. Me detendré brevemente en este punto aprovechando la ocasión para deshacer un equívoco irritante. Parece que a la gente le gustan las expresiones sonoras. Bien lo sabía la editora de la primera edición al recomendar el subtítulo que llevó entonces ese libro. Pero yo creo que hay muchas personas que repiten lo del "planeamiento imposible", sin haber pasado de la portada. Si no, no se entiende un doble uso incorrecto que se hace del libro.

En primer lugar, están los que pretenden que es una demostración contundente de la imposibilidad de todo planeamiento y lo invocan en ese sentido.

Y, en segundo lugar, están los que han pretendido que es la demostración de la imposibilidad de lo que el autor entiende por planeamiento, pero que el planeamiento puede ser una cosa muy diferente y, por lo tanto, escapar a esa imposibilidad.

Creo que ni unos ni otros han entendido bien la tesis del libro. En él se muestra, efectivamente, la inutilidad de un cierto tipo de planeamiento, basado en modelos apriorísticos ideales; ingenuo y torpe en su equivocado enfoque de previsiones; carente de mecanismos de gestión realmente operativos; contradictorio frecuentemente, con las intenciones políticas estatales o municipales, derivadas de otro enfoque de la economía; ignorante de los verdaderos procesos de toma de decisiones y de sus repercusiones en la fluidez del cambio urbano; carente, pues, de los soportes necesarios para su aplicación real.

Pero en ningún caso se puede deducir, que eso sea lo que el autor entiende como única forma de planeamiento, sino sólo la del planeamiento que realmente se hizo en el período historiado. Yo creo que se deduce claramente de la lectura de todo el texto, pero me permito recordar que ya en la 1ª edición de 1978, escrita en 1976, se habla de un futuro capítulo nuevo de la historia narrada, que podría recoger la referencia al previsible y necesario cambio en la naturaleza del planeamiento, como instrumento de intervención en manos de las comunidades afectadas, para "dejar de ser aquella totalitaria imposición de un futuro programado desde fuera". Un planeamiento diferente también por su mayor grado de posibilidad, en función de una nueva organización administrativa.

Me gustaría, por ello, que no se vuelva a decir

que sólo entiendo, o entendía, por planeamiento, el correspondiente al proceso que historié, ni tampoco que no creo, o no creía, en la posibilidad de otra clase de planeamiento.

Pero volvamos a la aclaración sobre el escepticismo. En el sentido filosófico original, escéptico es quien nunca da nada como definitivamente válido. Siempre ve las insuficiencias al lado de los aciertos y duda sistemáticamente. Ello le permite seguir siempre buscando, sin despreciar sin embargo nada, porque tampoco hay por qué dar algo por definitivamente inservible. Por ello relativiza el valor de las novedades y, sobre todo, no se entusiasma infantilmente con cada una de ellas, hasta el punto de utilizarla como arma arrojada contra todo lo que queda fuera. Este relativismo no entiende las falsas alternativas radicales, los enfrentamientos excluyentes y es, por naturaleza, integrador y ecléctico. Triste figura al lado de la de los siempre seguros y agresivos defensores de cada nueva vanguardia.

Pienso que en un ciclo como este, puede ser bueno establecer una cierta continuidad entre dos intervenciones sucesivas. No digo, que sea necesario, pero a mí me viene bien tomar como punto de partida, algunos de los planteamientos que hizo el conferenciante anterior.

En primer lugar, quería señalar que, a diferencia de lo que le pasaba a Campos Venuti, a mí no me va mal un título tan largo como el que figura en el programa general, con todas sus referencias. Y que me parece que la antítesis a la cual se fue derecho como tema central de su intervención, Plan o Proyecto, es una de las formas en que se manifiesta la crisis del planeamiento de la que él hablaba, pero no la única. Por eso me gustaría considerarla dentro de un panorama muy general de esa crisis. Ello nos ayudará a ver cuanto hay de "moda estúpida", como él calificó aquella contraposición, y cuanto de reacción seria, complementaria y aprovechable.

Por otra parte, debo reconocer que no entendí muy bien la relación que establecía Campos entre la defensa del proyecto frente al plan, con la "deregulation". Es evidente que el plan está en crisis, pero me parece que lo está desde mucho antes que el Sr. Reagan fuese algo más que un oscuro actor cinematográfico. Yo mismo recuerdo haber escrito unas "reflexiones ante la crisis del planeamiento" en 1970, y por aquellas fechas se desarrollaba en Francia la campaña denominada de "deplanificación" por el Ministro de Vivienda y Equipamiento, Albin Chalandon. "Deregulation" o "deplanification" son manifestaciones coyunturales de la actitud liberal de fondo, que intermitentemente presenta batalla política abierta contra la planificación. Pero me parece que, con independencia de lo que ocurra hoy en Italia, la "deregulation" reaganiana, no puede ser el justificante de la reivindicación del proyecto contra el plan aquí entre nosotros, aunque podría llegar a ser su aliada.

Creo que esta reivindicación, en principio, obedece a un planteamiento cultural cuya explicación puede alcanzarse examinando más globalmente el panorama general de la crisis del planeamiento, porque, a través de él, pueden verse sus justificaciones o sus elementos desencadenadores. Pero al final, para entender a su vez la crisis del planeamiento, será preciso que la pongamos en relación con toda la crisis general de la cultura sobre la que el planeamiento había edificado sus bases.

Para ello, utilizaremos el método histórico, que es el único en el que creo, según el cual, y en definición generalmente aceptada, sólo se puede llegar a entender una situación o un hecho, en función del lugar que ocupa en un desarrollo temporal y en relación con unos hechos antecedentes, aunque no haya que ver en ello, ningún mecanicista determinismo causal. Por ello, permítaseme empezar situando cronológicamente los antecedentes de la historia de esta crisis, aunque pueda parecer que tiene poco que ver con nuestro tema. Ya se verá a donde quiero ir a parar.

En la introducción a su "Historia de la Arquitectura Contemporánea", Tafuri y Dal Co empiezan señalando que dicha historia es, por una parte, "la historia de una pérdida progresiva y objetiva de identidad, por parte de una disciplina que había conseguido en la edad humanística, su propio estatuto y que entró en crisis entre los siglos XVIII y XIX". Pero al mismo tiempo indican que es también "la historia de una serie de esfuerzos subjetivos encaminados a recuperar —sobre bases nuevas— la identidad perdida, modificando la estructura organizativa del trabajo intelectual ante la construcción del ambiente humano".

Esta especie de definición permite formular, aprovechándonos de ella y trasladándola a medias, un punto de partida del proceso que ahora nos interesa comprender.

Podríamos, en efecto, decir, que ante esa pérdida de identidad de la arquitectura, y paralelamente a los esfuerzos por recuperarla, que caracterizan a la historia de la arquitectura contemporánea, la historia del urbanismo moderno es la historia de la búsqueda de su propia identidad, por parte de una nueva disciplina, que se independiza de la arquitectura precisamente en ese momento, ya que hasta entonces, hacer arquitectura había sido, en gran medida, hacer ciudad y la ciudad era fundamentalmente el resultado de hacer arquitectura. Y este proceso de pérdida del papel rector de la arquitectura en la construcción de la ciudad, es en gran medida, consumado por los propios arquitectos.

El proceso puede verse simultáneamente a dos niveles:

— Por una parte, se puede identificar una línea que se va abriendo paso, marcada por el desarrollo de la visión de la ciudad como una entidad global, tanto física como social, de funcionamiento unitario y coherente, inserta en un territorio con el que mantiene estrechas relaciones de interdependencia. Dentro de esta visión, el espacio urbano entendido como es-

pacio geométrico (el espacio arquitecturizado) cederá la preeminencia del interés ante la aparición de las nuevas aportaciones de las ciencias sociales para la comprensión del espacio urbano como espacio geográfico, espacio económico y espacio social.

— Por otra parte, se puede identificar a través de hechos concretos, la trayectoria que, coherentemente con esa pérdida de interés, lleva a la desaparición del espacio urbano geométrico, en tanto que preocupación teórica y en tanto que realidad física, sensible, perceptible: del espacio urbano como espacio acotado, definido y configurado por la edificación.

A través de la evolución en ambos niveles se consume el proceso que, en dos siglos, ha conducido al abandono de unas formas de hacer ciudad que venían dadas por operaciones de composición formal, de estructuración de su cuerpo existente, o de áreas exteriores nuevas preparadas para el crecimiento, por medio del ensamblamiento y manejo de grandes elementos configuradores: avenidas, plazas, grandes edificios o series de ellos, monumentos, parques y jardines. En definitiva, una forma de fundamento artístico, de concebir la proyectación urbana, con énfasis en la condicionante acción de lo formal. A cambio va a irse desarrollando e imponiendo el fundamento científico, con lo que, por encima del interés por la forma, se impone el interés por la naturaleza del fenómeno urbano entendido como manifestación de un organismo viviente en evolución, o como sistema estructuralmente configurado por relaciones funcionales, cuyas leyes naturales pueden descubrirse y utilizarse en ambos casos. Serían así los datos empíricos numéricos, dados por las estadísticas, los que permitirían conocer lo previsible. La reducción de la historia urbana a desarrollo biológico había comenzado de la mano de Geddes y bajo el impacto del darwinismo. Andando el tiempo, y alcanzado su gran desarrollo por las ciencias sociales, se fue instituyendo un método convencional para actuar en consecuencia, a través de procedimientos cada vez más refinados de base cuantitativa, en clara traslación del método científico, a partir de su uso por las ciencias sociales: previsiones demográficas, determinación de superficies en relación con tasas de crecimiento, dotación correspondiente de servicios complementarios calculados a través de estándares teóricos o empíricos... y todo ello "sub specie zonae" en forma de superficies simplemente tramadas, en las que la edificación sólo tiene que respetar una regulación.

A este proceso de reformulación del urbanismo, apartándose de sus orígenes formales para buscar un fundamento científico, contribuye de modo contundente la aproximación científica al conocimiento de las formas de organización de la sociedad, que pasarán a ser utilizadas por los urbanistas, tomándolas de las formulaciones más avanzadas de la sociología.

Desde muy pronto empieza la afirmación de la existencia de un orden social natural que constituye

la forma perdurable y genuina de la convivencia. A partir de la idea de que la comunidad es un fenómeno natural, pero cuya afirmación y fortalecimiento se produce a través de un aumento del consenso entre los individuos, para el enfoque de ciertos problemas sociales claves, se tratará de crear mecanismos que refuercen y aseguren la cooperación y el entendimiento para evitar o disminuir los perniciosos efectos de la diversidad de puntos de vista entre los intereses individuales o de grupo que producen el conflicto social. Para lograr esa meta, la eliminación del conflicto, el procedimiento más claro era encontrar un punto de vista indiscutible, capaz de ser aceptado por todos. Ese sería el "punto de vista verdadero" que la ciencia sería capaz de proporcionar, siempre que, naturalmente, se adoptase hacia ella la actitud reverencial que se le suponía debida. Y ello sería así, porque la ciencia podría descubrir el orden natural y demostrar como es y, por lo tanto, como debe ser, la sociedad. Esa fue la gran tarea emprendida por la americana "sociología del orden" y, en general, por las ciencias sociales, con antecedentes que se remontan a Comte y a Spencer. Se trataba, pues, de encontrar el orden natural de las cosas para perpetuarlo siguiendo sus leyes. Esta actitud, generalizadamente asumida por los urbanistas, suponía el recurso a la garantía de la ciencia por medio de la naturalización de lo social, es decir, acercando a la realidad social los supuestos epistemológicos de las ciencias de la naturaleza y las correspondientes metodologías para su tratamiento.

La influencia de esta forma de entender la realidad urbana y la actuación sobre ella, va a ser una constante implícita o explícita de la mayor parte de la concepción de la ciudad, que alienta debajo de la teoría y la práctica urbanísticas hasta casi llegar al presente. La todopoderosa sociología americana del orden, el "estructural funcionalismo" de Parsons y de Merton, será la base subyacente, a veces indirectamente asumida, porque aparentemente, el centro de las influencias se va a desplazar de la sociología a la economía, y los conceptos de organismo y función van a dejar paso a los de estructura y sistema, para explicar la localización de las actividades humanas en el espacio urbano y territorial.

Una exposición menos sintética que la que estoy haciendo tendría que mostrar ahora que las formulaciones estructuralistas de los economistas (que tienen su puntual repercusión en la teoría y en la práctica del planeamiento) son formas remozadas de explicación funcional (o si se prefiere estructural-funcionalista) que ya estaban en las formulaciones sociológicas. Pero a los efectos que aquí perseguimos, no es necesario entrar en ese análisis, como tampoco en una pormenorización de las formas que reviste el estructuralismo en urbanismo. Basta señalar que tanto los estudios de tráfico de los años 50, abriendo el camino al concepto de estructura y al uso de modelos, como las aportaciones más sofisticadas de la teoría de la localización y las matizadas elaboraciones de Lynch, Alexander, Chermayef, Rodwin, Foley y Webber

alrededor del concepto de estructura urbana de los años 60, así como las audaces trasposiciones británicas de la teoría de sistemas, se encuentran epistemológicamente en la misma concepción naturalizada de lo urbano, y que los intentos de científización que representan, están igualmente inscritos en el uso del mismo modelo de ciencia: el que había consagrado como indiscutible el positivismo lógico. Y en ese clima de exaltación que vivían aún las ciencias sociales, era posible la ilusionada creencia en la capacidad para la inmediata enunciación de "rotundas formulaciones teóricas" que iban a permitir la descripción de las regularidades estructurales, universales empíricamente comprobables, por encima de casos concretos. También la deducción apresurada de que las similitudes entre fenómenos físicos y fenómenos sociales espacialmente localizados, podría traducirse rápidamente en leyes generales, explicativas del desarrollo urbano. Ahí encuentra su acomodo toda la teorización del planeamiento de los años 60 y 70, que tratará inútilmente de traducirse en una práctica imposible. Ahí se desarrolla, por una parte, toda la urbanística de los espacios adaptados y los canales para la interactividad propia del estructuralismo urbanístico, y por otra, la incorporación de los conceptos de equilibrio homeostático al considerar a la ciudad como servomecanismo animado, tal como haría finalmente la visión sistémica de Chadwick y McLoughlin. La fuerza sugestiva del proceso en aquel momento, se ve muy bien reflejada, por ejemplo, en sucesivos números del **Journal of the American Institute of Planners**. Pero quizá tenga también interés, citar otra reacción contemporánea, de alguien que vivía el proceso más bien desde fuera, pero que aceptaba admirativamente sus repercusiones, no ya sólo en relación con la ciudad, sino con su propia tarea de arquitecto. Vittorio Gregotti escribía en aquellos momentos, en **El Territorio de la arquitectura**, las frases que entresaco: "Parece que las ciencias se introducen cada día con mayor amplitud en el mundo de la actividad artística, y con peculiar significado en la arquitectura... Existen razones consistentes a favor de la peculiar permeabilidad del trabajo del arquitecto al punto de vista científico... Todo ello justifica la insistencia en reafirmar la importancia del problema metodológico en arquitectura... Esta metodología tiende a clasificar las invariantes tipológicas, morfológicas y tecnológicas que la experiencia disciplinar ha ido sedimentando". Es sólo una de las muchas manifestaciones contemporáneas de la reverencial y generalizada actitud hacia la ciencia, penetrando en el campo de la arquitectura, e incluso en el de la pura creación artística, que podrían ponerse como ejemplo. Recuérdese la boga de las metodologías científicas para el diseño.

¿Por qué era necesario hacer este recordatorio histórico, antes de llegar a la situación actual, poniendo al descubierto ciertos aspectos del pro-

ceso seguido por la evolución de la base teórica del planeamiento? ¿Para qué conceder tanta importancia a ciertos rasgos de ese proceso, que permiten identificar las características del intento de construcción de un planeamiento científico? Porque me parece que así es como se puede ver mejor la dimensión de la crisis actual, poniéndola en relación con la crisis general de la científicidad. Y también se puede comprender mejor hacia donde apuntan las perspectivas. No soy capaz de explicarme ambas cosas si no es poniéndolas en relación con el contexto cultural general, en crisis a su vez, en el que nos movemos.

En efecto, si las esperanzas estaban puestas en obtener para el planeamiento las garantías que le iba a proporcionar el método científico, gracias en gran medida, al soporte de las ciencias sociales en su investigación acerca de la realidad urbana, no es casual que la crisis se produzca cuando esas mismas ciencias hacen balance autocrítico y someten a revisión sus planeamientos, al son general de la gran crisis revisionista que sacude los fundamentos de la ciencia tradicional.

Las revisiones historicistas de la ciencia, la relativización de las conclusiones de ésta, el entendimiento de la verdad científica como producto cultural circunstancial, todo ello dentro de la ya generalizada recusación del basamento positivista, hacen muy difícil el mantenimiento de la confianza en la utilidad de aplicar el método científico en urbanismo. Lo cual, lejos de ser una claudicación vergonzosa, demuestra, por el contrario, el estado de permanente alerta de la cultura urbanística y su sensibilidad para reflejar y asumir las vibraciones culturales generales. Lo vergonzoso sería seguir insistiendo acriticamente en la científicidad.

En cuanto a las perspectivas, también pueden comprenderse mejor, a la luz de aquel recordatorio, porque a lo largo de él hemos visto como uno de los pilares del intento científizador, era la naturalización de lo social, y por extensión, de sus manifestaciones en la realidad urbana. Pero esta identificación de naturaleza y cultura, apoyada en la codificación de leyes generales independientes de tiempo y lugar, que es uno de los rasgos definitorios y de más profunda significación en aquel intento, conduce directamente a la negación de la historia. Justamente algo cuya reivindicación ha pasado a ser ahora, una especie de punto clave de referencia de la nueva situación.

Uno de los primeros en darse cuenta de ello fue, ya en 1959, Giuseppe Samona, cuando en su conocido libro *L'urbanística e l'avenire della Città*, denunciaba lúcidamente aquella improcedente reducción que se había hecho de la historia urbana a desarrollo biológico y la inadecuada forma de estudiar la realidad urbana según el modelo de las ciencias naturales. Ahí puede decirse que se inicia la reacción revalorizadora de los aspectos históricos de lo urbano, que tan agudamente va a caracterizar a una situación posterior: una situación en la cual van a irse deshaciendo los sustentos teóricos del pretendido urbanismo científico.

Pero en el camino hacia esa situación, se

encuentra inserto cronológicamente, un episodio intermedio de gran fuerza conmocionante en su momento, al que me referí ya inicialmente: la ofensiva contra la "sociología del orden" y contra sus repercusiones en el entendimiento de la realidad urbana, por las interpretaciones marxistas de las formas de producción del espacio urbano, basadas en la exaltación del papel del conflicto y la tensión en la sociedad. Se trataba de un principio explicativo beligerante, que recusaba la existencia del consenso y la cooperación como bases espontáneas de la "comunidad natural", idea que aparecía ahora desenmascarada como un intento conservador para mantener coactivamente la cohesión social en el *status quo*.

Ese episodio jugó un importante papel en el proceso. Ayudó a desmontar las esperanzas en el científismo, a pesar de que las formulaciones teóricas más elaboradas, que estaban en el origen, no renunciaban a que sus planteamientos fuesen considerados como científicos, y seguían persiguiendo la enunciación de leyes generales de carácter estructural para el análisis y comprensión de la "cuestión urbana". Sólo más tarde, algunos de esos teóricos han evolucionado en la misma línea de convergencia general hacia la comprensión de lo urbano a través de su historia.

Pero, por otra parte, desencadenó una visión del planeamiento como negociación política sobre temas conflictivos puntuales, que quedó reflejada en las conocidas enunciaciones del "planeamiento remedial", el "planeamiento de abajo a arriba", el "planeamiento beligerante", o, en sus formulaciones más radicales, en la negación de la utilidad de todo planeamiento y en la propuesta de sustitución por la lucha política reivindicativa de mejoras urbanas concretas.

En cualquier caso, el enfoque conceptual que estaba debajo, que ofrecía sugestivos modelos interpretativos, que permitía analizar y comprender las formas de producción del espacio urbano, no fue capaz de proporcionar indicaciones suficientemente concretas como para derivar de él una orientación normativa que permitiese construir una nueva aproximación metodológica para la intervención sobre aquel espacio o para la producción voluntaria y alternativa del mismo. El vacío dejado por la quiebra del científismo, quedaba por llenar.

Al mismo tiempo, coincidiendo con la disminución de la presión demográfica y de las optimistas expectativas de desarrollo económico, se produjo el vuelco de la atención hacia la ciudad existente. El "planeamiento para la austeridad" reclamaba el interés hacia los problemas de la ciudad interior, frente a las expectativas de grandes crecimientos periféricos. Lo cual, coherentemente condujo a conceder mayor importancia a los problemas de conservación y de recuperación de la herencia histórica y a la exaltación del diseño y del proyecto, como armas adecuadas para su tratamiento.

En ese contexto, la aparición de constantes morfológicas, tipológicas y estructurales en el tejido urbano existente, el descubrimiento de la existencia de formas constantes y recurrentes de

organización del espacio a través de la parcelación y la arquitectura, abren la puerta a la posibilidad de construir una nueva fuente explicativo-normativa de la realidad urbana, basada en la existencia de esas regularidades, recurrencias y hasta leyes morfo-tipológicas autónomas. La investigación histórica y tipológica viene entonces a proporcionar efectivamente una nueva orientación normativa suficientemente sugestiva como para llenar en gran medida, el vacío conceptual y metodológico. De ahí el éxito de una nueva pretendida cientificidad, explícitamente enunciada e invocada como base, en toda una línea inicialmente originada en experiencias y proposiciones muy conocidas, de la cultura urbanística italiana.

A mi modo de ver, esta nueva formulación es extemporánea en la medida en que se presenta con las mismas pretensiones de obligatoriedad y de incuestionabilidad del cientifismo urbanístico tradicional. Aunque se trate ahora de un cientifismo elaborado al margen de las ciencias sociales, el enfoque permanece en el ámbito del método científico, induciendo normas de actuación a partir de regularidades empíricas convertidas en leyes naturales y necesarias de la realidad urbana. Pero debe señalarse que, aunque se enfatice notablemente el carácter histórico de la investigación que las descubre, lo que se hace es una utilización cientifista de materiales históricos, en línea de continuidad con el más ortodoxo enfoque positivista.

Me parece que, a pesar de la aparente contradicción, hay que ver en este empeño una clara pervivencia de aquella negación de la historia, propia del cientifismo tradicional. Porque una cosa es el interés y el aprecio con que ahora se contempla la herencia histórica, frente a la despectiva actitud de los maestros del Movimiento Moderno y del urbanismo científico tradicional, y otra muy distinta, la incapacidad para una auténtica liberación del modo cientifista de pensar en lo urbano. Una liberación de todo el peso de la tradición neopositivista y de la necesidad de seguir apoyando la acción en supuestas leyes naturales capaces de proporcionar una orientación normativa, una metodología de aplicación racional, objetiva e infalible.

A mi modo de ver, esta nueva pretensión de cientificidad urbanística, no tiene ningún sentido en el contexto cultural en que nos movemos. Que las regularidades morfológicas existen y que, en muchos casos, permiten explicar los procesos de formación y configuración del espacio urbano autónomamente, es incuestionable. Lo rechazable es deducir de ese descubrimiento un nuevo método científico obligatorio para la intervención. Porque lo que no resulta necesario es que haya obligación alguna de aceptar sumisamente las "leyes" de esa configuración (como de hecho históricamente puede comprobarse que frecuentemente no se han aceptado) para perpetuarla sin transgresiones. Si se aceptan, debe ser porque previamente se ha elegido hacerlo, probablemente al servicio de una opción conservacionista. Pero debe entenderse que se trata

de un acto libre, de una elección voluntaria para obtener unos resultados deseados, no porque se crea que necesariamente debe ser así.

Todo esto se ve mejor, volviendo a considerar precisamente el panorama actual de las ciencias sociales. Tal vez sea éste el gran servicio que pueden estas ciencias prestar ahora al urbanismo, al permitir examinar las ya aludidas revisiones auto-críticas y su soporte epistemológico. Porque al poner en relación la crisis del planeamiento con la crisis de las ciencias sociales y de todo el cuerpo cultural que venía sustentado en el modelo positivista, se ve la verdadera naturaleza y dimensión de esa crisis.

En efecto, esta referencia al panorama cultural actual, nos muestra que los revisionismos aludidos están alumbrando una nueva actitud epistemológica básica, diferente de la cientifista tradicional, que bien podría llamarse postcientífica, uno de cuyos rasgos comunes característico, presente en todas las vanguardias disciplinares, es el historicismo.

Pero aquí, la palabra "historicismo" no se refiere a la simple utilización del legado del pasado como fuente de inspiración, o como norma o modelo, sino que con este término debe entenderse que se designa una actitud epistemológica que vuelve a insistir en la ya antigua diferenciación entre naturaleza y cultura y señala que los acontecimientos del mundo cultural no pueden ser tratados como si ocurriesen en cuerpos físicos o biológicos, sujetos a "leyes naturales" (ni siquiera entendidas como las "fuerzas históricas" de ese historicismo trasnochado que tan fácil le resulta desacreditar y refutar a Popper) que conducen a un determinismo incompatible con una visión del hombre como ser libre, capaz de intervenir voluntariamente en la construcción de su propio destino, y no como pasivo dato estadístico. Este historicismo se plantea la irrepetibilidad de los acontecimientos, siempre únicos y singulares, dentro de la secuencia de un proceso concatenado contingentemente, que pueden ser comprendidos *a posteriori*, pero no explicados de antemano ni previstos en función de una necesidad derivada del cumplimiento de leyes inexorables.

Por eso, lo que me parece interesante en este momento es señalar la aparición de estos nuevos enfoques epistemológicos, estos nuevos supuestos, que ya no son de naturaleza científica, que se plantean al margen de las certezas supuestamente garantizadoras y tranquilizadoras de la ciencia. Supuestos que, trasladados a nuestro campo disciplinar nos enseñan a ver que el uso que el urbanismo ha hecho de la ciencia, el recurso de que los planificadores urbanos se han querido servir para justificar su actuación a través de formulaciones científicas, que por serlo, pudiesen aparecer como incontestables, empieza a parecernos hoy una "fábula consoladora", como diría Tafuri.

Me parece, pues, que lo verdaderamente interesante que resulta de esta referencia a aquel panorama cultural amplio, es que hoy está prácticamente liquidada la etapa cientifista, y que todo

conduce a entender la ciudad como un producto cultural y como un producto histórico, en vez de como un objeto natural, tal como más o menos explícitamente lo veía el cientifismo anterior.

En alguna ocasión he hecho una traslación de una conocida frase de Ortega: la ciudad no tiene naturaleza, sino historia. No pertenece a un mundo causalmente precondicionado por leyes naturales. No es como un mineral en proceso de cristalización, en el que, a partir de la solución originaria. Ya se sabe que va a terminar en unos prismas exagonales, coronados en su caso por pirámides. Ni tampoco como un vegetal, en el que, a partir de la semilla, ya se sabe que forma final va a tener como árbol o planta. En estos dos casos todo está precondicionado efectivamente por las leyes de la naturaleza. En la ciudad no. La ciudad no tiene naturaleza, tiene historia. Es algo que se está haciendo libremente. No está predeterminada por leyes necesarias. Está formada por acontecimientos contingentes.

Si lo aceptamos así, las opciones del desarrollo urbano y las opciones para la intervención son múltiples. La respuesta está abierta y dependerá de los planteamientos que se hagan para esa intervención, de los objetivos que deseen conseguirse. No hay entonces necesidad de eliminar un pluralismo metodológico, que puede desembocar en un eclecticismo sumatorio. Pero también cabe, evidentemente, la elección libre de un marco de referencia voluntariamente limitado en función de los resultados que se quieran obtener.

En este contexto, la negación del planeamiento y la reducción de la intervención a proyecto arquitectónico puede ser una opción. Lo que no puede ser es la opción única, la opción "verdadera", excluyente de otras. Admitamos que la tentación era muy fuerte. Demasiado atractiva como para dejarla pasar por quienes aman las actitudes polémicas y radicales, a veces un tanto exhibicionistas. Y estaba la oportunidad del vacío conceptual y metodológico. Es lógico, pues, que haya habido muchos arquitectos que hayan querido caer en ella proclamando la muerte del plan, al rescate del protagonismo de la arquitectura, después de tantas décadas de sumisión urbanística a las ciencias sociales. En muchos de sus mejores aspectos, se trata de una maniobra cultural que ayudaría a enlazar el planeamiento con el momento anterior a aquel en que empezó a producirse la cientifización del urbanismo, cuando hacer ciudad era todavía hacer arquitectura.

Si lo entendemos así, vemos que la novedad de la situación, después de tantas décadas de esperanzas científicas, es que hay que aceptar la contingencia frente a la obligatoriedad. Ello produce inseguridad y temor, porque la libertad parece excesiva después de haber creído, o querido creer al menos, en la posibilidad de una deducción lógica de procedimientos de intervención, basados en interpretaciones científicas de la realidad y en metodologías derivadas científicamente de ellas. El exceso de libertad produce perplejidad, deja desamparado, al no haber una ortodoxia reconfortante, aceptada y

tranquilizadora, que oriente la acción de modo indiscutible.

En esta situación ¿qué papel le corresponde al planeamiento? Yo creo que lo tiene, con tal de que se entienda como actividad a realizar en referencia a un producto histórico y no sobre un objeto natural. Pero ¿cómo plantear la intervención en medio de ese exceso de libertad, de esa falta de códigos de referencia, de un exceso de posibilidades de enfoque? Creo que lo que ocurre ahora es que los modos de intervención han cambiado y debemos reconocer que se parecen más a aquéllos que parten de una reconocida situación de indeterminación, como ocurre en el caso de la creación artística. La intervención ya no está dictada por el conocimiento, el análisis científico y las deducciones que de él se derivan. Ese análisis sólo puede ayudar a acotar un poco el margen de la libertad, en cada caso concreto y como tal puede aprovecharse, pero no puede ayudar a dar orientaciones normativas generales.

Habría que añadir que en esa situación, la intervención puede hacerse a través de elecciones individuales o colectivas, lo que introduce el dificultoso tema de las posibilidades reales de la creación plural. Este es, evidentemente, un tema irresuelto, que nunca llegará a tener tampoco una respuesta única. Pero lo que está claro es que en una situación democrática no se puede despachar con las respuestas simplistas que, eufemísticamente, han dado en llamarse neoilustradas. En una tarea colectiva, como es la creación de la ciudad, no se puede dar por supuesto que hay unos individuos carismáticos capaces de decidir individualmente por todos y declarar la minoría de edad de los demás.

Me atrevería a decir que, del balance que he hecho y de la valoración que he presentado del estado de la cuestión urbana, se puede deducir que ésta ha entrado en una nueva situación que bien podríamos llamar posmoderna.

Creo que el paralelo que he establecido entre la evolución de la teoría urbanística y del planeamiento derivado de ella, y la evolución teórica de las ciencias sociales, ayuda a clarificar y a entender lo que está pasando en relación con la crisis del plan. A mi modo de ver, de ello se deduce que cancelar la etapa del planeamiento científico, no implica de ningún modo la cancelación de todo planeamiento. Al plan, como enfoque global de la intervención sobre la realidad urbana, operación muy diferente a la que representa el proyecto puntual, le quedan todavía una larga vida y unas importantes misiones, con tal de que al hablar de plan nos liberemos de la identificación indebida con lo que fue. El plan, en esta posmodernidad urbanística, debe ser entendido como libre expresión de intenciones colectivas globales, como expresión voluntaria, circunstancial, histórica, de una visión de futuro, como producto cultural, reflejo del momento histórico en que se produce.